



Modernidad y postmodernidad: una discusión vigente

Vivimos, lamento decirlo, en una época de superficies.

Óscar Wilde.

Carlos David Leal Castro*

Alejandro Leal Castro**

Recibido: agosto 14 de 2013 Aprobado: Noviembre 15 de 2013

Artículo de reflexión

Para citar este artículo/ To reference this article

Leal, A; Leal, C.D.(2013). *Modernidad y postmodernidad: una discusión vigente*. Música Cultura y Pensamiento. Vol 5, N° 5, pp: 87-97

Resumen. La reflexión sobre las nociones de *Modernidad y Postmodernidad* en Occidente está presente en los albores del siglo XXI, momento en el que aún no se sabe si actualmente se asiste a una real ruptura epocal, o si la Postmodernidad no es nada más que un pliegue de la Modernidad (Díaz, 2009). En algunas disquisiciones se vislumbra la idea de que la Postmodernidad es un desafío a los ideales y axiomas modernos, es una repulsión de los paradigmas de la Modernidad, de manera que se muestra como una ruptura o discontinuidad que pone de manifiesto la crisis de la Modernidad. La Postmodernidad, en esta línea de sentido, se vislumbra como una época de cambio, como un momento de transformación cultural que marca un distanciamiento respecto de la Modernidad y que nos invita a pensar de manera ineluctable en lo dicho por Óscar Wilde: que vivimos en una época de superficies, en una época líquida, en una época *light*.

Pero, por otro lado, hay quienes asumen que la Postmodernidad no es más que una continuación al extremo, una radicalización de las aventuras estéticas y culturales modernas, de manera que el postmodernismo no es más que una elongación de la era moderna, que entre una y otra noción el meollo es más de énfasis. Lo cierto es que resulta complejo, por no decir impensable, tener una visión acaparadora y pretensiosamente unívoca de estas dos nociones que, si bien han sido ampliamente discutidas y reflexionadas hacía tiempo, en países latinoamericanos como Argentina hicieron “eclosión a mediados de la década de 1980” (Díaz, 2009, p.10), es decir, de una manera extemporánea, como aconteció también en Colombia, país en el que al decir del profesor Fabio López de la Roche, tan sólo dos décadas antes, a partir de los años sesenta, los procesos de modernización y las dinámicas culturales de la Modernidad comienzan a ser experimentadas masivamente por la sociedad colombiana (1998).

Palabras Claves: Modernidad, Postmodernidad, sociedad, cultura.

* Magister en Educación. Docente del Conservatorio del Tolima. Miembro del grupo Aulos
carlos.leal@conservatoriodeltolima.edu.co

** Magister en Educación. Docente de la Universidad del Tolima
alealc@ut.edu.co

Modernity and postmodernity: a current discussion

Abstract. The reflection on the notions of modernity and postmodernity in the West is present in the early twenty-first century, at which time it is not known if they are attending a real epochal rupture, or Postmodernism is nothing but than a fold of Modernity (Díaz, 2009). In some disquisitions the idea that Postmodernism is a challenge to the modern ideals and axioms, It is a repulsion of the paradigms of Modernity, so that it is shown as a break or discontinuity that reveals the crisis of modernity. Postmodernism, in this line of sense, is seen as a time of change, as a moment of cultural transformation that marks a distancing from Modernity and invites us to think about what Óscar Wilde said: that we live in a superficial epoch, in a liquid epoch, in a light epoch.

But on the other hand, there are those who assume that Postmodernism is merely a continuation to the extreme, a radicalization of modern aesthetic and cultural adventures, so that postmodernism is merely an elongation of the modern era that between one and another conception has a core notion of emphasis. The truth is that it is complex, if not unthinkable, have a hoarder and pretentiously unique vision of these two notions. Although they have been widely discussed and reflected for some time, in Latin American countries like Argentina, they did “hatch in mid-decade 1980 “ (Díaz, 2009:10), in an extemporaneous way, as it happened in Colombia, a country in which the words of professor Fabio López de la Roche, just two decades ago, the processes of modernization and cultural dynamics of modernity began to be massively experienced by Colombian society, from the sixties (1998).

Key Words: Modernity, Postmodernity, society, culture.

¿Postmodernidad?

En el seno de la amplia gama de interpretaciones sobre la Modernidad y la Postmodernidad hay una posición que resulta llamativa y que se orienta a negar los discursos de validación de esta última, desvirtuándola como una nueva realidad sociocultural que tiene efectos en todos los campos del saber. “El término (Postmodernidad) se ha convertido en el santo y seña de nuevas tendencias en cine, teatro, danza, música, arte y arquitectura; en filosofía, teología, psicoanálisis e historiografía; en nuevas ciencias, tecnologías cibernéticas y varios estilos de vida culturales”, afirma Alex Callinicos, profesor de Teoría política en el King’s College de Londres (<http://lahaine.org/amauta/b2-img/Callinicos.pdf>). El postmodernismo, la consecuencia derivada de la Postmodernidad, es un síntoma reinante usado por quienes desean, a fuerza de uso, entrar en consonancia con los apelativos de moda, validar la jerga y los estribillos de una época como la actual en la que, como se re-

marca en el epígrafe del escritor irlandés que abre este texto, la superficialidad se muestra como un rasgo distintivo del mundo actual, un mundo en el que, en palabras del Nobel de Literatura peruano Mario Vargas Llosa, el entretenimiento pasajero es la aspiración suprema de la vida humana (2012).

Para Callinicos, el postmodernismo es un neologismo carente de referentes en el mundo social, no es más que “una construcción puramente teórica” que no tiene nada de novedosa (<http://lahaine.org/amauta/b2-img/Callinicos.pdf>). Por ejemplo, en el campo del arte el postmodernismo tiende a apropiarse de algunas características que ya en la Modernidad se gestaban, por lo que más que concebirla como una nueva era de ruptura radical, conviene entender la Postmodernidad en tanto prórroga de la Modernidad, es decir, un estadio que lejos de plantear rupturas concretas, toma como suyas y apropia características que germinaron o se afianzaron en la Modernidad. La Postmodernidad se muestra desde esta



perspectiva como el último estertor de la misma Modernidad, porque no rompe epocalmente con esta, sino que siendo su continuidad y, sin duda, ‘la radicalización de las aventuras estéticas y culturales de la misma modernidad’, tampoco propone soluciones a los mundiales conflictos actuales. En uno de los ensayos incluidos en el libro de Fernando Virviescas y Fabio Giraldo titulado *Colombia, el despertar de la modernidad*, estos retoman la voz de Gilles Lipovestky, profesor de Filosofía en la Universidad de Grenoble, para significar que la noción de postmodernismo es indiscutiblemente equívoca en razón a que “el tiempo postmoderno es la fase *cool* y desencantada del modernismo [...] Se define por la prolongación, no hace más que proseguir, aunque sea con otros medios, la obra secular de las sociedades modernas” (1994, pp.167-168). En este sentido conviene precisar qué se entiende por Modernidad y desde qué momento de la historia de Occidente se puede hablar de ella.

Las raíces de la Modernidad.

¿Qué es la modernidad, cuya presencia es tan central en nuestras ideas y nuestras prácticas desde hace más de tres siglos y que hoy es puesta en tela de juicio, repudiada o redefinida?

(Touraine, 2004, p. 9)

Desde una perspectiva histórica, el surgimiento del neologismo Postmodernidad* fue un fenómeno que se produjo en los estertores de la Modernidad, entendiendo esta última como una “categoría compleja sobre la cual hay que ponerse más o menos

de acuerdo para poder discutir sobre su vigencia o crisis” (Kronfly, 1994, p. 27), una categoría que no se restringe -como sucedió en el medioevo- al modo del *hodie* (hoy). Muchos piensan que la Modernidad alude a un tipo de sociedad ocurrido en Europa después del Renacimiento, aunque Heidegger piensa que todo inicia con los griegos, al ser estos los que desarrollaron las nociones de progreso, historia y razón (Kronfly, 1994, p. 27). Si bien sus raíces son discutidas, su eclipsamiento se entiende comprendiendo que la categoría Post-modernidad fue un fenómeno bien preciso de finales del siglo XX, más concretamente de la década de los años 80, cuando se recogieron influencias de pensadores occidentales como Foucault, Lyotard, Deleuze, Derrida, Braudillard, Vattimo, Badiou, las cuales entroncaron con las reflexiones de neoneoplatónicos y neopragmáticos como Rorty, neoaristotélicos como MacIntyre, y con postestructuralistas, quienes en suma pusieron de manifiesto actitudes antirracionalistas, esto es, de desconfianza respecto de la razón y, peor, de la razón crítica, deseando la muerte de una Modernidad que, como se concibe, absolutizó la razón, la técnica, el progreso, el neoliberalismo, el individualismo y el desencantamiento del mundo, para caer en lo que muchos de ellos proclaman: ‘el todo vale’.

De todas formas sentemos que la Modernidad (‘europea’, aunque parezca un pleonasmo decirlo) tuvo su momento originario en el Renacimiento, periodo de la historia occidental que encuentra como lugar destacado la Italia del siglo XIV, para luego difundirse por el resto de Europa durante los siglos XV y XVI. En este renacer se tuvo como intención reorientar el pensamiento medieval, es decir, la vida cultural e intelectual

*. En el presente texto posteriormente se dilucida cómo la noción de Postmodernidad cobra fuerza luego de la Segunda Guerra Mundial (1939 – 1945).

dominada por el manto eclesiástico para renovar el interés por el pasado grecorromano clásico y, especialmente, por su arte.

El pensamiento religioso medieval, acogido y afirmado desde las mismas producciones artísticas, fue socavado por el proyecto de la Modernidad, el cual transformó el paradigma teocéntrico imperante para buscar un retorno a la creencia de que el hombre, tan venerado en la cultura griega clásica, a través de la razón podía darle una explicación a los fenómenos que lo circundaban, acogiendo paulatinamente formas de explicación y comprensión racional del mundo distantes de las explicaciones omnímodas y teológicas del Medioevo, para ponderar otro tipo de fetiche o ídolo: la Razón, objeto de reflexión de artistas como Goya, quien de una manera perspicaz le puso como título a uno de sus grabados *'El sueño de la Razón produce monstruos'* en 1799, en un momento en el que la Modernidad y los anhelos de racionalización se afianzaban. Para Cruz Kronfly, los centenarios relatos sobre la Historia, el Progreso y la Razón se secularizaron, es decir que se independizaron de la religiosidad cristiana medieval para mostrarse como nuevos mitos redefinidos “sobre la base de nuevas y más contundentes pruebas: el capitalismo y sus avasalladores argumentos relativos al avance tecnológico, el confort, la ciencia y sus progresos” (1994, p.28), un capitalismo que se ha nutrido en mucho del declive del ideal ilustrado kantiano: el *sapere aude*.

Callinicos es tajante al rebatir los planteamientos de Jean François Lyotard, uno de los defensores del postmodernismo, pues para aquel la Modernidad se asoció con la Ilustración, época en la que pensadores

principalmente franceses y escoceses del siglo XVIII buscaron extender los métodos de la Revolución científica del siglo XVII para explicar el mundo social y obtener un control ‘racional’ de su entorno (Callinicos, <http://lahaine.org/amauta/b2-img/Callinicos.pdf>). El estallido económico, científico y técnico que caracterizó el pensamiento ilustrado y la Revolución industrial gestada desde finales del siglo XVII en Inglaterra no sólo posibilitaron nuevos sistemas productivistas basados en una economía mecanizada para producir bienes a gran escala, sino un desarrollo ciudadano que permitió entender que, junto a la Modernidad artística e ideológica, se yuxtapuso una visión instrumental o utensiliar de la Modernidad, correlacionada con las ideas de Desarrollo y Progreso, categorías aunadas a avances tecnocientíficos que, asumidos en ausencia de sentido humanista, causarían póstumamente una especie de ‘cataclismo de Damocles’ (García Márquez, 1986), un cataclismo que se explica en razón a lo que se observa en el mundo actual: analfabetismo, hambre, pobreza, contaminación, sangre, miseria de muchos y opulencia de unos cuantos, ideas que lejos de ser parte de relatos fantásticos se convirtieron en una realidad al mostrar que la Razón (ese emblema moderno) en el siglo XX presenció “las más importantes carnicerías humanas de las que se tenga noticia, con el empleo en intensidad de todos los recursos técnicos y con la música de los clásicos al fondo” (Cruz Kronfly, 1994, p. 29).

Habría que decir también que durante la Modernidad fueron fundamentales no solo la Revolución industrial, los múltiples hallazgos científicos del siglo XIX y la Ilustración sino otros procesos como el de la



Revolución Francesa gestada a fines del siglo XVIII, más exactamente en 1789, para ahondar en la desvinculación de la medievalidad occidental y entronizar las ideas de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Éste último acontecimiento fue de vital importancia en el marco de la Modernidad no sólo en Europa sino también en Hispanoamérica, pues la independencia de los países hispanoamericanos se relacionó desde un principio con estas ‘Revoluciones burguesas’, para recordar el calificativo que les atribuyó el historiador británico Eric Hobsbawm.

Echemos una mirada en rededor de nosotros para afirmar, retomando lo planteado por Rubén Jaramillo Vélez, profesor de filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, que la actividad económica de los países hispanoamericanos era por este entonces muy precaria, se percibía ausencia de una genuina burguesía y había un pensamiento endeble que no estaba a la altura de las tareas que deberían enfrentar estos países. Insisto, pues, en que la Modernidad fue un proceso cultural contextualmente diferente: no se desarrolló de la misma forma en algunos países europeos como Francia e Inglaterra, menos a como se dio en lo que luego serían las naciones hispanoamericanas, en razón a los “procesos efectivos y desarrollos socioeconómicos culturales e idiosincrásicos” (Jaramillo Vélez, http://javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/postergacion.htm, pv.).

Es el mismo Jaramillo Vélez quien, en el artículo *La postergación de la experiencia de la modernidad en Colombia*, nos recuerda que, en el caso particular colombiano, la Modernidad se asumió muy extemporáneamente. De hecho, en 1844 se legitimó, con el posterior

aval de Mariano Ospina Pérez (1891-1976) el providencialismo (o la consideración de Dios como protagonista de la Historia), un providencialismo arraigado en la mentalidad hispano-católica, un providencialismo eclipsado en países como Francia e Inglaterra. Asimismo, uno de los mentores de la Constitución de 1886, Miguel Antonio Caro, no sólo fue crítico de los principios anglosajones emancipadores sino también un defensor inquebrantable de la idea de hispanidad y de la moral católica, ideales que regirían a Colombia hasta 1991 y que de forma intermitente sobresalen contemporáneamente en Colombia, un país en el que, como sucede en el resto de países latinoamericanos,

pareciera como si fuéramos premodernos, modernos y postmodernos al mismo tiempo [...]. Se puede ser perfectamente contemporáneo y actual, en el restringido sentido del *hodiernus* medieval, sin necesidad de que la cabeza de ese «nuevo» fanático de nuestro tiempo haya tenido que pasar por la ruptura mental, simbólica y cultural que significó en su momento, para Occidente, el cambio de época denominado «modernidad» que instauró el mundo burgués a partir del Renacimiento, luego el advenimiento del Proyecto Ilustrado y más tarde el desarrollo en pleno del capitalismo industrial, con todo lo que ello significó. Dicho de otro modo, el escamoteo de lo moderno por el afán de lo contemporáneo (Cruz Kronfly, 1998, p. 14).

De hecho, en uno de sus libros de ensayos recientes, el escritor tolimense William Ospina recuerda que “a lo largo de las guerras civiles del siglo XIX se impusieron en Colombia el poder clerical y el poder de los grandes terratenientes, y nunca se abrió camino la Modernidad, ni siquiera con las más moderadas de sus reformas liberales” (2013, p.141).

La reformulación o el paso de un paradigma providencialista-medieval hacia uno laico, de corte moderno, fue producto de una serie de acontecimientos en distintos planos (en el filosófico con Descartes y el Racionalismo; en el científico con Galileo, Copérnico, Bruno; en el plano político con Maquiavelo; en las artes con Rafael, Leonardo, Cervantes, Proust, Bach, Beethoven, por mencionar tan solo algunos referentes), algo que en Occidente se dio de forma paulatina, no de manera inmediata. El profesor Carlos Fajardo Fajardo (2001) indica, remontándose a los gérmenes de la Modernidad occidental, que desde sus inicios este proyecto, el moderno, se caracterizó por ser un hecho confuso y nebuloso como consecuencia de un juego de bipolaridades que oscilaría entre lo místico y lo profano, lo individual y lo colectivo, lo bello y lo hórrido, alquimia, magia y brujería —rezagos al fin de cuentas de una etapa histórica precedente— y ciencia positiva mezclada con un naturalismo ponderador de la investigación científica.

La etapa originaria de la Modernidad europea se gestó en un momento en el que, lejos de encontrarse una visión de mundo unitaria, como sí la hubo en el Medioevo, se observó una fisura que sirvió como fundamento para validar la incertidumbre existencial, “la dudosa ambigüedad”, como un rasgo humano moderno que se lo debemos en gran medida a Cervantes (Kundera, 2004, p. 16). En palabras de Milan Kundera,

Quando Dios abandonaba lentamente el lugar desde donde había dirigido el universo y su orden de valores, separado el bien del mal y dado un sentido a cada cosa, don Quijote salió de su casa y ya no estuvo en condiciones de reconocer el mundo. Este, en ausencia

del Juez supremo, apareció de pronto en una dudosa ambigüedad; la única Verdad divina se descompuso en cientos de verdades relativas que los hombres se repartieron. De este modo nació el mundo de la Edad Moderna y con él la novela, su imagen y modelo.

Este principio de la incertidumbre sobre la existencia de verdades absolutas se asocia entonces con la desconfianza sentida por el ser humano hacia los principios metafísicos y los dogmas medievales, por la duda generada hacia esos otros horizontes inciertos, por esas otras posibilidades insospechadas de comprensión del mundo que se abrirían camino. Algunas personalidades del Renacimiento como Erasmo, Giordano Bruno, Bacon o Leonardo, son referentes que encarnaron ese contrapunteo ideológico y que contribuyeron para consolidar la Modernidad desde una perspectiva cultural, artística e ideológica.

Ahora bien, debe decirse que el impulso tecnocientífico y en general los procesos instrumentales, desplegados en gran medida por la Revolución industrial conllevaron, siglos después, a establecer lo que Touraine (2012) denominó el triunfo de la razón instrumental y las consecuente nociones de Progreso y Desarrollo, el *carpe diem*, el pensamiento del aquí y el ahora burgués en sacrificio del futuro, de cierto tipo de futuro. Dicha razón instrumental no fue sólo la corroboración de la consolidación de la razón técnica (que iría en contra de la razón teórica y de la razón práctica), la consolidación del conocimiento, del poder, de la lógica realista, metódica, práctica y utilitaria, sino la reafirmación de un tipo de posicionamiento en el que aparecieron nuevas actitudes: la práctica y la idea de aplicación de la ciencia positiva.



Con el arraigo de la Modernidad instrumental (es decir, de la modernización), no solo se produjo con firmeza la desentronización de lo sagrado. De hecho, la racionalidad tecnocientífica desacralizó al humanismo restándole importancia al mundo de la subjetividad, a lo axiológico y a la parte espiritual del ser humano, lo cual llevó a generar una gran desconfianza occidental en las ideas modernas de Progreso, Libertad y Futuro, y produjo el desencantamiento del mundo anunciado por Weber. La racionalización modernizadora adquirió poco a poco enorme influencia y mayor impacto sobre todo entre los siglos XIX y XX, momento de fulgor y decadencia del estadio moderno que trajo como consecuencia ‘La era del vacío’, una era de prolongación y énfasis sobre rasgos sociales como la apatía frívola, la conciencia indiferente, los deseos de bienestar y de satisfacción, el narcisismo y, sobre todo, un individualismo puro que revoluciona las necesidades “convirtiéndose en un nuevo ethos de masa” (Lipovetsky, 2002, p.53).

Adherido a este nuevo ethos propio de una racionalidad tecnocientífica, utensiliar, una lógica con la que congenió la burguesía moderna, algunos modernistas reivindicaron otro tipo de racionalidad que sentó una mirada crítica frente al mundo a través del arte y la filosofía. Gilles Lipovetsky (1994) retoma a Pierre Bourdieu para recordar que la época moderna instituyó condiciones económicas y sociales que dieron pie para que los artistas se liberaran de la tutela financiera en que les tenía la Iglesia y la aristocracia desde la Edad media y el Renacimiento. De lo anterior se desprende que la creación artística pudo emanciparse del sistema de mecenazgo, de los criterios exteriores a sí

misma y afirmar cada vez más abiertamente su soberana autonomía, característica angular de la Ilustración expuesta de forma precisa por el filósofo alemán Emanuel Kant.

Justamente, la idea de depender de la razón y de la ciencia es retomada por Kant en su ensayo *¿Qué es la ilustración?* Así lo expresa: “He situado el punto central de la Ilustración [...] en cuestiones religiosas, porque en lo que atañe a las artes y las ciencias nuestros dominadores no tienen ningún interés en ejercer de tutores sobre sus súbditos” (1964, p.5). La piedra angular de este proyecto ilustrado consiste en establecer una crítica a la moral establecida por la iglesia católica que le impide al hombre pensar por sí mismo, valerse por sus propios medios. El hombre superior, moral, se debe caracterizar por la autonomía.

En este contexto el profesor rumano Matei Callinescu (1991) es claro al reconocer dos sentidos del término Modernidad.: El primero asociado con una perspectiva burguesa, adherida a las ideas de progreso, ciencia, tecnología, racionalidad, expansionismo y pragmatismo. El segundo, que entiende la Modernidad desde una perspectiva estética y filosófica, abogó por una mirada crítica del mundo, de la vida, de la sociedad, de la cultura, tomó fuerza con las vanguardias y se inclinó por actitudes harto antiburguesas, distantes de la clase valores que la clase media en ascenso económico ponderaba. Una consecuencia de este contrapunteo entre los dos sentidos de la Modernidad en permanente tensión fue el surgimiento expresiones artísticas y filosóficas cargadas semánticamente de libertad, emancipación, rebeldía y crítica, con un profundo sentido revolucionario.

De todas maneras es bien complejo precisar en qué momento de la primera mitad del siglo XIX en Europa se produjo la separación de estas dos visiones de Modernidad: la Modernidad vista como producto del desarrollo científico y tecnológico, de la Revolución industrial, de la economía arrolladora, de los cambios sociales del capitalismo, y la Modernidad como un concepto estético cuyo anhelo utópico penetra todo el espectro intelectual, desde la filosofía, la política, la poesía y las artes. En el caso colombiano primó el sincretismo: en los primeros decenios del siglo XX se logra avanzar en el terreno infraestructural, de la industrialización, de las vías de comunicación y de la urbanización y el desarrollo económico, pero sin lograr desanclar del imaginario colectivo la concepción tradicionalista, la visión de mundo y la ideología que, desde la firma del Concordato de 1887, estuvo sometida al control de la Iglesia católica, preocupada por hacer buenos católicos más que por el desarrollo de una civilización estatal, de un *ethos secular*, de una ética ciudadana (Jaramillo Vélez, http://javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/postergacion.htm, p.v). Lo anterior condujo ineluctablemente a la puesta en escena de un sincretismo entre lo moderno y lo premoderno en Colombia.

Interesa enfatizar en que la Modernidad, en tanto proceso sociocultural e ideológico, tuvo notable resonancia en el campo del arte, de manera que “la modernidad artística [está] ligada a una relación con lo social [aunque] no es simple producto ni mero reflejo, emerge disonante, irregular, desfasa su contradictoria estética e irreductibles manifestaciones de fragmentarios relieves cuya esencia disgregada, inmutable, devi-

ene la búsqueda inescrutable de su propio centro” (Jaramillo Vélez, http://javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/postergacion.htm, p.v). Colombia, marcada por la premisa de postergación de la experiencia de la Modernidad, tardó mucho más que Europa en sentir los aleteos de la industrialización pues, como lo afirma Jaramillo Vélez, esto aconteció con el mercado interno promovido por el café, la minería y el oro, que ejerció un importante influjo en el proceso modernizador y tecnológico del país (Jaramillo Vélez, http://javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/postergacion.htm, p.v).

Aproximación a los orígenes de la ‘Postmodernidad’.

Aunque la negativa de Callinicos hacia la aceptación de la Postmodernidad es categórica, desde otra óptica se puede pensar que, una vez reconocida la crisis de las ideologías, clausurando el siglo XX, las rebeldías vanguardistas fueron digeridas por las manifestaciones mediáticas dando lugar a un nuevo estadio de la historia ideológica de Occidente. De hecho, desde la década de los años sesenta se marcó no sólo el fin, desgaste y agotamiento de las vanguardias sino también el inicio de una reconfiguración ideológica, artística y cultural asociada ya no con la ruptura sino con las ideas de confort, relajación y fascinación, una civilización del espectáculo (Vargas Llosa, 2012) tendiente al relajamiento estético. “De la estética del triunfo se pasó a la estetización masiva de sus propuestas. El resultado fue un relajamiento ideológico y artístico. Las búsquedas vanguardistas se fueron institucionalizando hasta quedar convertidas en divertimento” (Fajardo Fajardo, 2001, p. 88).



Inclusive,

La década de 1980 constituyó un momento estelar para el postmodernismo. Uno de sus principales propagandistas, Ihab Hassan, llegó a escribir en una colección editada en 1987: “Quisquillosos académicos evitaron algunas vez la palabra postmoderno como quien elude el más sospechoso neologismo. Ahora, sin embargo, el término se ha convertido en el santo y seña de nuevas tendencias en cine, teatro, danza, música, arte y arquitectura; en filosofía, teología, psicoanálisis e historiografía; en nuevas ciencias, tecnologías cibernéticas y varios estilos de vida culturales. Ciertamente, el postmodernismo ha recibido ahora la bendición burocrática del National Endowment for the Humanities en la forma de seminarios de verano para profesores universitarios; mas allá de esto, ha penetrado el discurso de los críticos marxistas recientes que, hace sólo una década, ignoraban el término como un caso más de la basura, modas y estribillos de la sociedad de consumo” (Hassan, citado por Callinicos, <http://lahaine.org/amauta/b2img/Callinicos.pdf>).

La Postmodernidad, el nuevo santo y seña de las tendencias artísticas, se generalizó a partir de la década de los años ochenta y acogió como características la reivindicación de un arte decorativo, un arte agradable para una cultura del espectáculo en la cual se proyecta una frivolidad suntuaria, desaparece el sujeto individual, el estilo personal, para dar paso al pastiche, al simulacro. Mientras tanto, la vanguardia se eclipsó: a las banderas críticas del cambio se enarbolaron una industria cultural y una tecnocultura que han favorecido, con vigencia hasta nuestro tiempo, la reproducción sistemática de los elementos artísticos del pasado. El desarrollo de los *mass-medias* en el estadio

postmoderno y, por extensión, la tecnificación y banalización del mundo fueron, en mucho, brazos de fuerza para la reproducción técnica de la obra de arte.

Los sucesos históricos de la Modernidad brindaron una herencia perdurable durante los siglos XIX y XX, al contribuir para el crecimiento del secularismo actual. El siglo XIX se mostró como el momento decisivo para la creencia en la posibilidad y necesidad del Progreso, idea que perviviría hasta el siglo siguiente. En el siglo XX, con el advenimiento de la Primera y luego la Segunda Guerra mundial el hombre se percató de que la Razón moderna tampoco fue la vía expedita para pensar en la realización de la utopía de un mejor mundo en el sentido de marchar hacia la abundancia, la felicidad y la libertad. Según el sociólogo francés Alain Touraine, “las críticas de la modernidad cuestionan o repudian precisamente esta afirmación central” (2004, p.9). “Inmersos en un sendero claroscuro, las luces de la poderosa razón se extinguen (...). Tal vez creímos demasiado en la guía de la razón, iluminados por sus promesas de encontrar una salida al final del túnel. Pero ella nos ha desencantado” (Fajardo Fajardo, 2001, p. 103).

El norte racional de otrora y los macroproyectos modernos perdieron su rumbo y, en el estadio postmoderno, estallaron para acentuar categorías antropológicas como la desesperanza y la incertidumbre humanas, las cuales se venían ya manifestando en la Modernidad. Kermode es retomado por Callinicos para significar que el sentido de un final, el sentimiento de encontrarse al término de una época, el ánimo impregnado de crisis final es endémico de lo que de-

nominaamos Modernidad. Kroker y Cooke, citados por Callinicos (<http://lahaine.org/amauta/b2-img/Callinicos.pdf>), en *La escena postmoderna* recalcan en que la conciencia humana descubre en la actualidad un gran panorama de desintegración y decadencia.

Según Callinicos, el filósofo francés Jean-François Lyotard señaló también que la Ilustración se fue a pique por cuanto la idea del Progreso como algo posible, probable, necesario, se articuló con la certeza de que el desarrollo de las artes, la tecnología, el conocimiento y la libertad irían en beneficio de la humanidad. “Dos siglos después, somos más sensibles a los signos que nos indican lo contrario. Ni el liberalismo económico ni el político, como tampoco la variedad de los marxismos, están libres de sospecha en lo referente a crímenes de lesa humanidad durante los dos sanguinarios siglos pasados” (Callinicos, <http://lahaine.org/amauta/b2-img/Callinicos.pdf>).

En síntesis, para pensadores como Rafael Gutiérrez Girardot (1987) la Modernidad durante el siglo XX fue una extraña época en la que el positivismo respiró a todo pulmón, se despertó el misticismo y comenzaron las locuras de lo oculto. De esta manera lo que en la Modernidad nació (el misticismo, las locuras de lo oculto, según lo dicho por Gutiérrez Girardot) la Postmodernidad lo explotaría y lo postularía como su creación. Siendo así, valdría la pena reflexionar sobre la pertinencia de la denominación de la Postmodernidad como una época nueva de creación artística, o si se concibe mejor como la época del reciclamiento y del fin de las utopías. Como quiera que sea, la discusión continúa abierta sobre si es legítima o no la

Postmodernidad, o si será mejor hablar en términos de ‘Modernidad líquida’ (Bauman), de era digital o postindustrial (Bell, Castells), de capitalismo tardío (Mandel). Al fin de cuentas, como lo expresa Esther Díaz, doctora en filosofía por la Universidad de Buenos Aires, “el nombre no hace al fenómeno” (2009, p.11).

Referencias

- Calinescu, M. (1991). *Cinco caras de la modernidad*. Madrid: Tecnos.
- Callinicos, A. (Sin año). *Contra el postmodernismo*. En línea. Citado el 17 de noviembre de 2013. Disponible en <http://lahaine.org/amauta/b2-img/Callinicos.pdf>
- Cruz Kronfly, F. (1994). *La Sombrilla Planetaria, Ensayos sobre Modernidad y Postmodernidad en la Cultura*. Bogotá: Planeta.
- Cruz Kronfly, F. (1998). *La tierra que atardece. Ensayos sobre la modernidad y la contemporaneidad*. Bogotá: Ariel.
- Díaz, E. (2009). *Posmodernidad*. Buenos Aires: editorial Biblos.
- Fajardo F., C. (2001). *Estética y postmodernidad: nuevos conceptos y sensibilidades*. Ecuador: Abya-Yala.
- García Márquez, G. (6 de agosto de 1986). *El cataclismo de Damocles*. Obtenido de archivo Web. Diario El país. : http://elpais.com/diario/1986/08/09/internacional/523922413_850215.html
- Gutiérrez G., R. (1987). *Modernismo: supuestos históricos y culturales*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.



- Jaramillo Vélez, R. (Sin año). *La postergación de la experiencia de la modernidad en Colombia*. En línea. Citado el 18 de septiembre de 2013. En: Rodríguez, Jaime Alejandro. *Novela colombiana*. Disponible en: http://javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/postergacion.htm
- Kant, I. (1964). *Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?* En: Filosofía de la historia. Buenos Aires: Nova.
- Kundera, M. (2004). *El arte de la novela*. Barcelona: Fabula Tusquets Editores.
- Lipovetsky, G. (1994). *Modernismo y Postmodernismo*. En: Virviescas, Fernando y Giraldo, Fabio. *Colombia, el despertar de la modernidad*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.
- Lipovetsky, G., (2002). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- López de la Roche, F. (1998). *Escenarios culturales de una modernidad tardía*. En: Colombia. Nómadas ISSN: 0121-7550 ed: Universidad Central v. fasc. No. 8.
- Ospina, W. (2013). *Colombia, donde el verde es de todos los colores*. Bogotá: Mondadori.
- Touraine, A. (2012). *Crítica de la modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vargas Llosa., M. (2012). *La civilización del espectáculo*. Bogotá: Alfaguara.